



VI PREMIO DE NOVELA ALBERT JOVELL

ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

LA
BAILARINA
de
SAN PETERSBURGO

Aquella niña huérfana podía salvar su vida...

Gordon Pinner es un joven periodista destinado en París en 1930. Aunque consciente de las injusticias cometidas por los bolcheviques tras la caída del imperio de los zares, Pinner es también un idealista que alberga una honda simpatía por la Revolución y que no dudará en infiltrarse en la comunidad de rusos exiliados en la capital francesa cuando sus camaradas del servicio secreto soviético se lo pidan.

De la mano de una hermosa y enigmática bailarina conocerá los restos de un imperio desaparecido y acabará cuestionándose sus ideales y viajando a Moscú y a Leníngrado para encontrar a una niña huérfana. Esa chiquilla podría ser la clave para salvar su vida y, al mismo tiempo, impedir que un aristócrata exiliado financie un ejército destinado a revertir el curso de la Historia para recobrar el esplendor de los Románov.

Para Sergio Gutiérrez Morillo

Desengáñese; no somos nada; no valemos nada. Somos una verdadera carroña, unos cadáveres insepultos, gente desarraigada que no espera otra cosa que morirse del todo. Fuimos parte de un todo que ya no existe.

No tenemos razón de existir. Aferrados al pasado no hemos sabido creamos una vida nueva. Estamos muertos, definitivamente muertos, muertos, muertos.

MANUEL CHAVES NOGALES,

Lo que ha quedado del imperio de los zares

Me alejé, con el corazón en un puño, pensando en las faltas imperdonables que pueden cometer los hombres que poseen demasiadas riquezas.

FÉLIX YUSÚPOV,

Memorias de antes del exilio

Han pasado muchos años, pero algunas noches sueño que estoy allí. Cuando hace frío me alegro de encontrarme lejos, pero no siento los dedos. La sangre se escapa de mi costado dejando un reguero sobre la capa de hielo. El rastro de mis últimos pasos que quizá alguien podrá seguir. En la orilla veo la luz de un faro. Quién sabe si es un espejismo. Me pregunto si alguien te contará lo que pasó. Estuve a punto de conseguirlo, de verdad. Te juro que hice todo lo que pude. Quería terminar el trabajo y volver a París para rescatarte y empezar una nueva vida contigo, donde nadie pudiera encontrarnos. Pero ya no tenía fuerzas. El frío apenas me dejaba avanzar entre la niebla. El vozarrón entonando aquella canción infantil. Era muy raro. Pensé que ya estaba muerto. Entonces el suelo se quebró bajo mis pies. Pronto dejé de sentir las piernas y enseguida el resto del cuerpo desde el cuello para abajo. Ya estaba muerto y estaba solo. Al final siempre te quedas solo. Pero me tranquilizaba esa canción que traía el viento: *La luna silenciosa está mirando dentro de tu cuna. Te contaré cuentos de hadas y te cantaré canciones.*

Antes de cerrar los ojos para siempre, volví a pensar en ti.

PRIMERA PARTE

SEVILLA, 1945

Capítulo I

Ir al cine era una forma tan lícita de espantar la rutina como pasear mirando escaparates u observar con maneras de jubilado ocioso a los estibadores en el puerto. Pero era domingo, las tiendas estaban cerradas, muy pocos trabajadores descargaban mercancías y desde el final de la guerra nadie me encargaba vigilar la llegada de un barco, ya no hacía falta, que me convirtiera en la sombra discreta de unos viajeros sospechosos o, dada mi facilidad para los idiomas, me ocupase de atender a unos ciudadanos extranjeros de visita en la ciudad. Tampoco me garantizaba alivio leer tumbado en la cama de la pensión, aunque avanzase el otoño y una molesta llovizna invitara a quedarse bajo techo. Como no me gusta el fútbol, también huía de las tabernas donde los hombres estarían atentos a la radio mientras despachaban un cuarto de vino. Por todas esas cosas y quizá también para justificar el gasto no excesivo pero sí estimable de la entrada para alguien cuyos ingresos se habían visto mermados hasta el punto de obligarlo a contar sus ahorros con vergonzosa avaricia, me dije varias veces que pasar esa tarde de primeros de noviembre viendo una película no era tan perjudicial para mi maltrecha hacienda. En el Pathé ponían –reponían, en realidad– *La quimera del oro*. Una película muda no era mala opción, pensé, para clausurar una semana tan aburrida y anodina como lo fueron todas las últimas semanas.

Me gustó la película, pero también en más de una ocasión se me agrió el gesto. Sentado en la última fila, el reflejo de la pantalla silueteaba a los espectadores. Ninguna cabeza solitaria me procuraba consuelo. Maridos, esposas

e hijos; parejas, muy juntas, seguro que también cogidas de la mano, o como la que, justo en la fila anterior, se mareaba con urgencia.

Con la prisa de quien ha cometido un delito por ir al cine solo, fui el primero en abandonar la sala. Apenas eran las diez de la noche. En la calle me recibió un frío repentino, casi impropio a esas alturas del calendario en Sevilla. Ya no me quedaba nada que hacer salvo encerrarme en mi cuarto y abrir un libro con la esperanza de quedarme dormido hasta que el lunes ofreciera algo interesante. Me calé la gorra, levanté las solapas de la vieja chaqueta de pana para protegerme el cuello y hundí las manos en los bolsillos, sin prisas, pensando en alguna taberna donde la radio estuviese apagada.

No escogí el camino más directo. Quizá la única ventaja de que no me esperase nadie era poder retrasarme cuanto quisiera. Aunque tampoco tenía casa. Mi alojamiento era una pensión junto a la muralla de la Macarena pagada por Thomas Murdoch, el MI6 en realidad. Una vez superada la pesadumbre de que los espías ingleses sufragasen mi estancia en Sevilla, me terminaba asomando una mueca socarrona. Bien mirado, no dejaba de tener cierta gracia llevar más de dos años en España a costa del gobierno británico, aunque para eso no me hubiera quedado más remedio que humillar la cabeza y acudir a los requerimientos de Murdoch de vez en cuando. Si la alternativa era morir de hambre o cambiar de hospedaje cada semana para despistar a los matarifes del Kommintern, trabajar esporádicamente para el MI6 no era tan malo. Solo podía salir de España de un modo clandestino porque no tenía pasaporte, pero tampoco me había planteado seriamente marcharme hasta que terminó la guerra. Al menos durante el tiempo que llevaba en Sevilla no tuve que esconderme de quienes quisieran llevarme a rendir cuentas a Moscú, si es que no me liquidaban antes. Aunque me costase reconocerlo, colaborar con los aliados me brindaba cierta pro-

tección y tranquilidad que no podía sino agradecer, por supuesto sin reconocerlo jamás ante Murdoch.

Me mosqueaba llevar cuatro meses sin noticias del hombre que había manejado las riendas de mi vida durante los últimos dos años y medio. Aunque gracias a que seguía pagando mi estancia sin fallar ni una semana los dueños de la pensión no me habían puesto las maletas en la calle, el taimado inglés parecía haberse olvidado de que, además de una cama donde dormir, también necesitaba llevarme algo a la boca de vez en cuando. Si porque hubiera terminado la guerra ya no necesitaba de mis servicios, al menos podía facilitarme un pasaporte para que pudiera marcharme a otra parte a ganarme la vida, o hacer alguna llamada para que el director de un periódico me diese trabajo. Eso no sería tan difícil. Confiaba poder conseguirlo en Sevilla, o en Madrid, aunque cada vez me entusiasmaba más la idea de cruzar la frontera para poder ver, y luego contar a los lectores, lo que estaba pasando en el mundo.

Dejé atrás el teatro Cervantes sin entretenerme en mirar la marquesina y pasé junto a las imponentes pilastras romanas de la Alameda de Hércules. Bordeé una callejuela donde varias prostitutas esperaban cazar a un cliente. Miré hacia el lado contrario, en un intento de espantar recuerdos que no me apetecían, y seguí mi camino. Me conocía lo bastante para saber que enredarme con una fulana en el mejor de los casos me proporcionaría un alivio fugaz, o ni siquiera eso, porque poco después cargaría con una pesadumbre renovada, truncando cualquier posibilidad de alivio ese domingo al que, aunque apenas le quedaban dos horas para terminar, se estaba haciendo eterno. Había llegado a los cuarenta y tres años sin pagar nunca por sexo y no iba a cambiar a esas alturas. Había estado en prostíbulos alguna vez, pero siempre fue para acompañar a un amigo o para recabar información en mi trabajo como periodista o cuando el Kommintern dirigía mi vida.

En ocasiones las putas son la mejor compañía cuando un hombre necesita desahogarse. Era esa la única tentación a la que había sucumbido, charlar con una meretrices a las que a menudo también pagué por información. No me considero ni mejor ni peor que otros hombres que compran un rato de sexo. He visto a bolcheviques radicales gastar con alacridad el dinero siempre escaso del partido con las fulanas de Montmartre mientras yo me quedaba en la puerta o pegaba la hebra con alguna que no estuviese ocupada. Quizá algo en mi interior me decía que poseía las suficientes cualidades para atraer a una mujer sin tener que usar la cartera. Todavía lo seguía pensando, a pesar de llevar tanto tiempo solo y de que las mujeres que había amado terminasen escogiendo una vida que las alejaba de mí. Una vida mejor, sin duda.

Crucé la calle Feria buscando la cúpula de San Luis de los Franceses y asomé la nariz a un par de tabernas que no me animaron a entrar: en una estaban recogiendo las sillas y en la otra no encontré nada apetecible. Ya no me quedaban muchas más opciones si no quería que al acostarme mis tripas ofrecieran un concierto como protesta por tanta desconsideración. No tardé en encontrar otra tasca sin muchos clientes donde, por más que miré, no hallé una radio molesta pregonando los resultados del fútbol. El olor a madera impregnada de vino y las jugosas ristas de chacina me provocaron un incontenible torrente de saliva. Pero cuando cruzaba el umbral, un viejo reflejo me paralizó. En el cristal de la puerta había visto la imagen de un fantasma. Fue solo un instante y enseguida desapareció. No puede ser, pensé, aunque ya sabía que no me quedaría en el bar. Ni en ese ni en ninguno hasta asegurarme de no estar equivocado. Porque estaba equivocado. No podía ser de otra forma. No a estas alturas. No después de tanto tiempo.

Fingí que la tasca no me convencía después de un vistazo rápido y seguí mi camino. Si antes había dado un rodeo

para llegar a mi destino por puro capricho, ahora el instinto me empujaba a escoger otro itinerario para asegurarme de que no me seguían. Al llegar a la calle San Luis giré a la derecha, en dirección contraria al arco de la Macarena. Unos pocos pasos más allá me detuve en la puerta de una mercería para encender un pitillo, sin dejar de rastrear con el rabillo del ojo el breve trayecto recorrido. La tarde lluviosa se había transformado en una desapacible noche de niebla. La calle casi vacía suponía una mayor dificultad para quien me estuviera siguiendo. Eso era lo más desconcertante: que me siguieran importaba menos que quién me seguía. Arranqué una honda calada al pitillo y reanudé el lento caminar, lamentándome, aunque ya no tuviera remedio, por haber bajado la guardia en los últimos meses y no mudarme más a menudo, igual que hice en Londres durante siete años. Aunque Sevilla no era una ciudad tan grande y, si hubiera cambiado de pensión cada semana, al cabo de un tiempo se habrían acabado los sitios donde esconderme.

Disimulé no tener prisa para que quien me acechaba cometiera algún error. Eché un vistazo a la retaguardia cuando me hice a un lado en la acera para ceder el paso a una pareja y les di las buenas noches. Seguía allí, tras mis pasos. Como me había parado un momento, no le quedó más remedio que ralentizar la marcha y asumir el riesgo de tropezarse conmigo o meterse en cualquier calle adyacente. Pero seguí mi camino, más rápido. Si había que jugar, jugaría. ¿Por qué no? Ahora la curiosidad que sentía era mayor que la inquietud. Siempre andaba preocupado porque un asesino enviado por los bolcheviques viniera a buscarme. O porque algún falangista con ganas de medrar descubriese mi verdadera identidad y me denunciara o se encargase él mismo de detenerme con la ayuda de una banda de forajidos fascistas sin que Murdoch ni el MI6 pudieran, si es que querían, hacer nada por evitarlo. Hasta los propios espías británicos podrían resolver que ya no

les resultaba útil y le contarle a algún funcionario escrupuloso de la Dirección General de Seguridad todo lo que sabían sobre mí. Pero volver a encontrarme con ese fantasma, y además en Sevilla, no se me habría ocurrido, por muy fértil que fuera mi imaginación.

Apreté un poco más el paso, justo a la altura de la iglesia de Santa Catalina, contento de que los años no me hubieran hurtado ciertos hábitos que en otros tiempos me salvaron la vida. Al rebasar la esquina del templo di unas zancadas para buscar acomodo junto al muro. Cuando el hombre que me seguía llegase a mi altura, muy bien podría girar hacia el otro lado, o dar la vuelta, aunque sospechaba que no haría lo segundo puesto que había venido desde muy lejos y no querría marcharse con las manos vacías. Yo también tenía ganas de hablar con él, cada vez más, pero no iba a ponérselo tan fácil. Me jugué a los dados que eligiera pasar por delante de mí u optar por otro camino. No tuve que esperar mucho. El tipo transitó por la acera sin percatarse de que tan solo a unos pocos metros se hallaba su presa. Era una suerte, porque prefería observarlo un poco más antes de que, inevitablemente, acabáramos por encontrarnos. Si tenía alguna duda sobre la identidad del fantasma que se había presentado en Sevilla, ahora se disipó del todo. Enorme, aún más grandullón que yo, la chaqueta de buen paño, los pantalones bien planchados y las botas lustrosas, a punto de revista; las patillas espesas, tal vez blancas ya, pero había muy poca luz y esto lo adiviné antes que verlo, que formaban un todo con el bigote; el andar decidido de quien está dispuesto a llegar al final. Aguantando la respiración vi cómo se paraba un momento y miraba a ambos lados antes de perderse en una callejuela.

No lo encontré tras entrar en la misma calle por la que lo había visto desaparecer y busqué la protección precaria de un portal mientras decidía el siguiente paso. Ese laberinto de callejuelas podía ser una trampa. Como por más

vueltas que le daba no lograba adivinar las intenciones de aquel viejo conocido, lo mejor era quedarme ahí quieto un momento. No es que morir me preocupase. Ya había vivido lo suficiente y visto demasiadas cosas para no tener presente que la suerte cambia a menudo, de repente, muchas veces para mal. También, quizá había disfrutado de un periodo inusualmente largo de tranquilidad, el mayor desde hacía años, sin tener que mirar de reojo cada dos por tres para salvar el pellejo. Pero si las cosas volvían a ser como antes, y sabía que antes o después las cosas podrían volver a rodar como antes y mi vida no sería sino un laberinto repleto de problemas que yo mismo me había buscado, no iba a agachar la cabeza para que me pusieran la soga.

Se me ocurrió una idea y unos pocos segundos después salí de mi escondite para buscar un atajo. Antes de embocar la calle miré a un lado y a otro. Si alguien había venido desde tan lejos para buscarme, no solo no era descabellado pensar que conociera el lugar donde me hospedaba, sino que además hubiera venido acompañado. Cuando tuve razonablemente claro que la retaguardia estaba despejada reanudé el camino, ahora como un improvisado cazador.

¿Quién podría asegurarme que sería la última vez que alguien vendría con cualquiera sabe qué intenciones y no me quedaría más remedio que salir corriendo a buscar otro escondite? Al menos gracias a esta presencia inesperada me había dado cuenta de que me daba pereza comportarme como una liebre asustada. Allí estaba, apenas a una manzana de distancia, otra vez, el corpachón inconfundible, por muchos años que hubieran pasado, sus andares ahora más lentos, sin duda deliberadamente más lentos, cargado de espaldas y unos ojos invisibles en la nuca, atento a mis movimientos, seguro de que no le había perdido la pista.

Acompasé mi ritmo al suyo. Ahora yo era el cazador y él la presa, aunque esa era una forma demasiado generosa de resumir lo que estaba pasando. Nadie con su experiencia se colocaría al descubierto ni buscaría de una forma tan directa el lugar donde me alojaba si ya no le importaba que lo supiera. Al llegar a la altura de la iglesia de San Luis se entretuvo en contemplar la historiada fachada barroca. Yo también me paré, pero solo para mantener la distancia, sin buscar el refugio de un portal esta vez. Ya faltaba poco. De que aquel fuera el trayecto directo e inequívoco que nos llevaría hasta la pensión no había ninguna duda, sobre todo cuando el hombre que caminaba delante de mí giró a la derecha justo antes de llegar a la basílica de la Macarena. Apenas faltaban trescientos metros para alcanzar el destino. Se detuvo frente a la muralla y se puso a mirar las almenas con interés militar, como si estudiara la mejor forma de defender la vieja ciudad de un asedio, imaginando soldados apostados a la espera de la orden de disparar la primera andanada de flechas al enemigo. Me acerqué, sin prisas, consciente de que el juego terminaría enseguida. Ya estaba muy cerca de él cuando lo vi hurgar en el interior de la chaqueta. Si se trataba de una pistola, podía dar la partida por perdida. Yo no llevaba encima ni un cortaúñas y tampoco tenía posibilidad de esconderme. Por fortuna, no era más que un paquete de tabaco lo que buscaba, y una cerilla, antes de ponerse el pitillo en la boca y hacer hueco con las manos para encenderlo, sin dejar de mirar con atención el adarve milenario.

—*Dostatochno igry* —dijo, antes de darse la vuelta—. *Pe-restan pryatasa*, Gordon Pinner.

Me congratulé de procesar las palabras sin esfuerzo, aunque hubieran pasado tantos años desde la última vez que alguien me hablase en aquel hermoso y extraño idioma.

Basta de juegos. Deja de esconderte. Debía permanecer alerta, pero no quise evitar una sonrisa cuando por fin

nos miramos cara a cara.

–*Dobroi nochi, polkovnik* –le di las buenas noches y añadí su grado militar, como siempre había hecho. Las palabras brotaron también en ruso de mi boca sin el menor esfuerzo. Añadí que era la última persona a la que esperaba encontrar–: *Ya priznayu chto ty posledniy chelovek kotorogo ya ozhidal vstresit.*

La cerilla se apagó entre las yemas de sus dedos. A pesar de volver a estar a oscuras, era como si la llama no se hubiera extinguido. Aún seguía viendo la sonrisa inacabada de Serguéi Makárov. Los surcos profundos de la cara, los ojos de carbón y el mostacho, ahora ya estaba seguro de su color blanco, que continuaba en las patillas hasta fundirse con las sienes. Inspiraba el mismo respeto, o tal vez miedo, por qué negarlo, que la última vez que lo vi, quince años atrás. Sobre todo si un instante antes, cuando la lumbre amplificaba su sombra en la muralla, parecía un gigante.